

La muerte de Pedro Páramo

Felipe Garrido

Seis décadas han transcurrido desde la aparición de Pedro Páramo, la novela más importante de la literatura mexicana. Su autor, Juan Rulfo, compartió versiones encontradas en torno al proceso de escritura y corrección del manuscrito que el FCE habría de dar a la imprenta desde 1955. ¿De qué forma estas alteraciones han dificultado la comprensión sobre el episodio final del libro?

I

Hace sesenta años, *Pedro Páramo* irrumpió en el arte de contar historias con tan extraordinaria novedad que de inmediato cautivó y desconcertó a los lectores y a los críticos. El primer gran ensayo sobre esta obra maestra, “Realidad y estilo en Juan Rulfo”, de Carlos Blanco Aguinaga, apareció en el primer número de la *Revista Mexicana de Literatura*, que dirigían Emmanuel Carballo y Carlos Fuentes, correspondiente a septiembre-octubre de 1955, el año mismo en que el Fondo de Cultura Económica puso la novela en circulación.

Rulfo provocó una devoción inmediata. Un testimonio, entre muchos: en 1958, en un Concurso Nacional de Cuento Universitario convocado “por un efímero Frente de Estudiantes Universitarios de México”, Vicente Leñero ganó los dos primeros lugares. El jurado era, “nada más y nada menos: Guadalupe Dueñas, Enrique González Casanova, Juan Rulfo, Jesús Arellano y Juan José Arreola”. El primer lugar lo obtuvo “La polvareda”, un cuento “de ambiente rural [...] que [...] copiaba al Rulfo admiradísimo [...] los aprendices de escritores de mi generación adorábamos a Rulfo [...] Y lo copiábamos”.¹

¹ “Vivir del cuento”, *De cuerpo entero*, UNAM/Corunda, México, 1992.

Una anécdota al calce, útil para conocer a Rulfo. Cuenta Leñero:

en la euforia de mi doble premio me le acerqué para decirle todo lo que suele decir un joven a un escritor admirado: he leído todo lo que usted ha escrito, señor Rulfo, y me parece maravilloso, señor Rulfo, y sobre todo, señor Rulfo, admirándolo como lo admiro me da mucho gusto que usted haya formado parte del jurado que me dio el premio, señor Rulfo.

—No se haga ilusiones —me replicó Juan Rulfo—. Yo le voy a decir la verdad si quiere saberla. ¿Quiere saberla?

Dije sí con la cabeza. No alcanzaba a adivinar sus intenciones.

—Usted no ganó por unanimidad ese concurso, ¿sabía eso?

—Pues no.

—Tuvo un voto en contra, y ese voto fue el mío —remató, en seco—. No me gustó nada su cuento ese de “La polvareda”. Era mucho mejor el de González Tejada.

La fascinación sigue. Rulfo tiene aún múltiples imitadores; la mayoría de ellos se queda en la superficie, como Leñero en “La polvareda”. Quienes han aprovechado sus lecciones son escritores a su altura: Juan José

Arreola, Julio Cortázar y el mismo Leñero, que en 1963 publicaron *La feria*, *Rayuela* y *Los albañiles*; Gabriel García Márquez, que en 1967 dio a conocer *Cien años de soledad*. En su técnica, estas cuatro novelas deben mucho a *Pedro Páramo*. Como mucho debe Rulfo al Azuela de *Los de abajo* y al Yáñez de *Al filo del agua*.

II

La fascinación sigue. Los críticos continúan haciendo nuevas lecturas de *Pedro Páramo*. Y, a pesar del largo tiempo transcurrido y de los muchos estudios que se le han dedicado, la historia de sus ediciones sigue siendo un laberinto en el que abundan las incógnitas. Quien quiera conocerlo puede comenzar con la edición que hizo para Cátedra (2004) José Carlos González Boixo, donde el apartado “Historia del texto” ocupa 17 apretadas páginas. Un laberinto explorado a medias, pues aunque existe la pretensión de haber llegado a un “texto definitivo”, que mencionaré adelante, está claro que hacen falta nuevas ediciones que sigan depurándolo.

En 1979, cuando yo era gerente de producción en el Fondo de Cultura Económica, algunos títulos de su catálogo empezaron a llegar a un millón de ejemplares vendidos en la Colección Popular. Para celebrarlo, José Luis Martínez, director de la editorial, decidió hacer con ellos una serie especial, conmemorativa de esa cifra mágica. El primero fue *Los de abajo*.

Siguieron *El Llano en llamas* y *Pedro Páramo*. Don Juan quiso aprovechar la ocasión para revisarlos. Cuando fueron editados por primera vez hubo retoques en ambos originales que, como editores del Fondo, Antonio Alatorre, Alí Chumacero y Juan José Arreola le sugirieron y Rulfo aceptó; ahora ya no los quería. Tuve la fortuna de revisar con él los libros.

Durante cuatro o cinco meses nos vimos un par de veces por semana, en su oficina del Instituto Nacional Indigenista, donde dirigía el departamento de Publicaciones, o en el ya desaparecido café El Ágora, sobre Insurgentes, a media cuadra de Barranca del Muerto, para dedicar dos o tres horas a la lectura de los textos. Yo iba marcando los cambios que él pedía; discutimos algunos; tuvimos a la vista una copia del original que estaba en el Fondo; cotejamos juntos las pruebas finales. Se trataba de que don Juan dejara sus libros como los quería. Terminó satisfecho. Me dedicó un ejemplar de cada título, en la edición de Tezontle, y conservo algunos objetos que entonces me dio. De ahí en adelante seguimos reuniéndonos, para conversar, en El Ágora y en su oficina. Jamás se me ocurrió preguntarle por qué había

dejado de publicar. Sobre eso yo tengo mi propia teoría. La dejo para otra ocasión.

En Tezontle *El Llano en llamas* y *Pedro Páramo* llevan, en la página legal, la leyenda “Edición especial [Tezontle], revisada por el autor, 1980”. De “propagandística” la califica González Boixo; ahí donde está es más bien un dato técnico. Y dice una verdad que no hay modo de cambiar. Fueron revisiones hechas por el autor. Rulfo murió en 1986. No habrá otras.

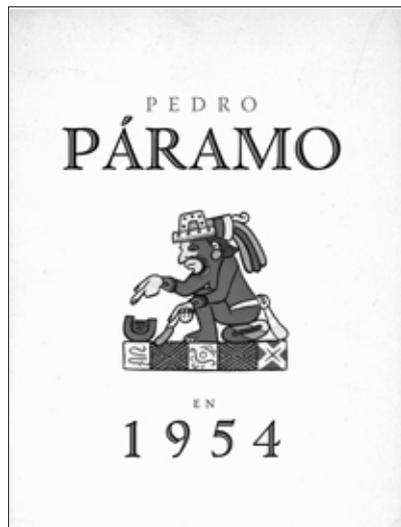
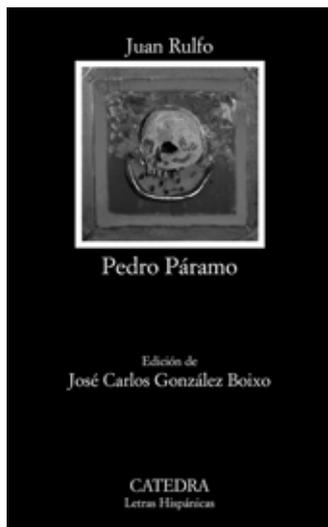
Aun más propagandística es esa otra leyenda, la de “Texto definitivo de la obra establecido por la Fundación Juan Rulfo” que en la cuarta de forros, un lugar mucho más visible que la página legal, ostentan las ediciones que ahora circulan.

Esa leyenda, además, no es cierta. Llamar “definitivo” a ese texto es una jactancia. Tiene mejoras sobre el que Rulfo y yo establecimos, sobre todo en cuanto a su división en fragmentos, y eso no me duele reconocerlo ni aprovecharlo. Pero tiene errores que es preciso corregir, e incongruencias que hace falta revisar. Hay y seguirá habiendo nuevos lectores y nuevos críticos, así que habrá nuevas versiones de *Pedro Páramo*. De un clásico no puede haber una edición que sea definitiva.

Cuando en 1983 González Boixo le preguntó a Rulfo sobre la edición que él y yo revisamos, en una entrevista que se reproduce en el Apéndice III de la edición de Cátedra que mencioné, Rulfo contestó de un modo que nos ayuda a ver cómo contribuyó, él mismo, muchas veces, a complicar la historia del texto:

Originalmente el FCE, cuando empezó a hacerse la edición de [la colección] Letras Mexicanas, me pidió que le diera yo algo para ver si lo podían publicar. Entonces yo les entregué un borrador que tenía de *Pedro Páramo*—el original estaba en el Centro Mexicano de Escritores, donde yo tuve una beca de la Rockefeller, y ahí se quedó el original y yo me quedé con un borrador— y como ellos nomás querían ver qué era o de qué trataba y si convenía publicarlo, pues me pidieron el borrador. Cuando me fui por ella ya la habían editado. Hasta el año 1980 en que el director del FCE encontró el original en el Centro Mexicano de Escritores. Entonces me dijo que si no vendría mejor sacar el original, que estaba allí [...] Claro, le dije que era el original. Por eso hay esos cambios.

Esta explicación difiere de la que yo acabo de dar. Estamos ante una de esas pistas falsas que Rulfo disfrutaba ofrecer a sus entrevistadores. En primer lugar, Rulfo no entregó un borrador, sino una copia al carbón que quedó en el Centro Mexicano de Escritores; desde el primer momento supo que era para que se publicara. En Letras Mexicanas ya había aparecido *El Llano en lla-*



mas, con el número 11, en 1953; *Pedro Páramo* fue el número 19, dos años después.

En segundo, en el Centro Mexicano de Escritores lo que iban escribiendo los becarios era leído ante sus tutores —Ramón Xirau y Francisco Monterde— y compañeros: Chumacero y Arreola lo fueron de Rulfo —además, entre otros, Víctor Adib, Emmanuel Carballero, Rosario Castellanos, Clementina Díaz y de Ovando, Ricardo Garibay, Enrique González Rojo hijo, Miguel Guardia, Luisa Josefina Hernández, Héctor Mendoza, Jorge Portilla—. Todo el mundillo literario estaba al tanto de cómo avanzaban esos textos.

Además, Rulfo participó en la edición: conoció los cambios que Alatorre y Chumacero le propusieron y que, como era natural, no se hicieron en la copia que quedó en el Centro Mexicano de Escritores; la clase de mudanzas que forman parte del trabajo normal de edición de cualquier obra. En ese momento el escritor los aceptó —son menores y escasos— pero algunos de ellos finalmente lo incomodaron y se encargó de que eso se supiera. José Luis Martínez estuvo siempre al tanto de la situación y le ofreció la ocasión de anular esos cambios. Por otra parte, la revisión se realizó en 1979, no en 1980. Como ya dije, la hicimos juntos.

Rulfo fue un promotor consciente del laberinto en el que ahora nos encontramos.

III

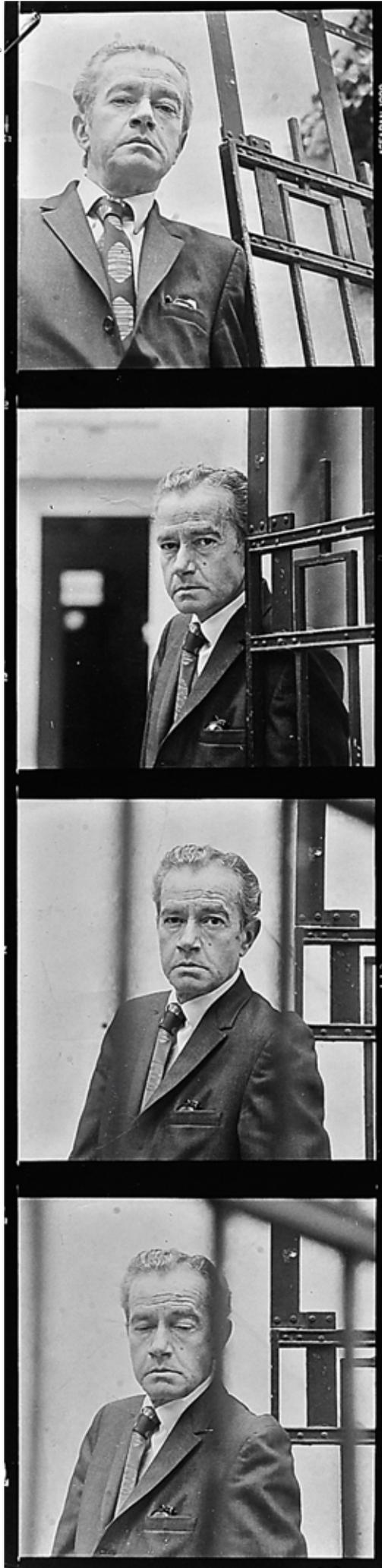
Es hora de entrar en materia. Es hora de hablar de la muerte de Pedro Páramo. Antes quiero detenerme en algo esencial respecto a lo que es una lectura: si estamos ante una obra como *Pedro Páramo*, *Al filo del agua*, *Confabulario*, *La vida que se va*, el *Quijote*, *Ulysses*, la *Odissea*, *Cien años de soledad*, leerla por primera vez es sólo comenzar a leerla. Habrá que volver a ella incontables veces; se trata de una tarea interminable. Que nadie se

alarme: moriremos sin haberla concluido. Yo imagino el cielo como un lugar donde sigamos leyendo estas obras, descubriéndolas, rectificando la manera en que las entendemos, por toda la eternidad.

Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera. Le apreté las manos en señal de que lo haría; pues ella estaba por morirse y yo en un plan de prometerlo todo. “No dejes de ir a visitarlo —me recomendó—. Se llama de este modo y de este otro. Estoy segura de que le dará gusto conocerte”. Entonces no pude hacer otra cosa sino decirle que así lo haría, y de tanto decírselo se lo seguí diciendo aun después de que a mis manos les costó trabajo zafarse de sus manos muertas.

Todos, así no lo hayan leído, saben que así comienza *Pedro Páramo*. Y todos, en principio, aceptamos que se dirige a nosotros la voz del hijo de una mujer que acaba de morir. Sugiero que leamos a la inversa este párrafo, y la novela entera. No es Dolores Preciado quien ha fallecido, sino su hijo Juan. Sólo así puede llegar al inframundo, y su madre —que no volverá a aparecer sino en las memorias de otros personajes y en las palabras suyas que lleva su hijo— lo aprovecha para enviarle un recado al ánimo del padre muerto, como lo hará al final de la novela *Damiana Cisneros*, cuando le pide a Abundio que le diga a su mujer, que acaba de morir, que ruegue a Dios por ella.

La novela transcurre en un contrapunto entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos. El hijo que parece hablarnos no advierte, en un principio, que ha fallecido —como sucede adelante con Miguel Páramo—, pero dice cosas como “Y aunque no había niños jugando ni palomas, ni tejados azules, sentí que el pueblo vivía. Y que si yo escuchaba solamente el silencio, era porque aún no estaba acostumbrado al silencio; tal



Juan Rulfo

vez porque mi cabeza venía llena de ruidos y voces”, en el fragmento 3; y en el 5: “Me sentí en un mundo lejano y me dejé arrastrar. Mi cuerpo, que parecía aflojarse, se doblaba ante todo, había soltado sus amarras y cualquiera podía jugar con él como si fuera de trapo”. Está hablando un difunto.

Juan Preciado —tendremos que llegar a la mitad de la novela para conocer su nombre, con el apellido de la madre, y para descubrir que está hablando no con nosotros, sino con su compañero o compañera de tumba, Doroteo o Dorotea— llega a Comala porque está muerto. La novela narra su descenso al inframundo. Y la historia de cómo un niño, que vio cómo su familia era despojada de cuanto tenía y cómo fue asesinado su padre, toma venganza. Y el delirio de un amor que llena su vida. Y lo que sucede con quienes viven y mueren a su lado, fuera del espacio y del tiempo. Hay que leer *Pedro Páramo* sin caer en la trampa de una lectura literal: quien muere no es Dolores, sino Juan. A su ambigua manera, Rulfo lo dice con claridad.

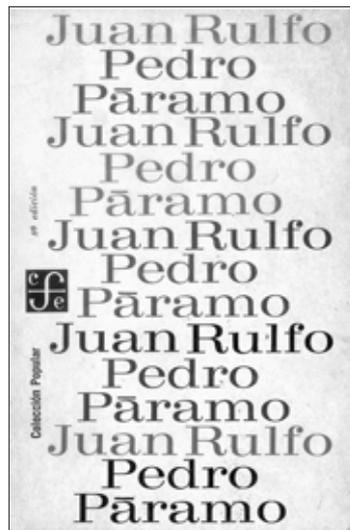
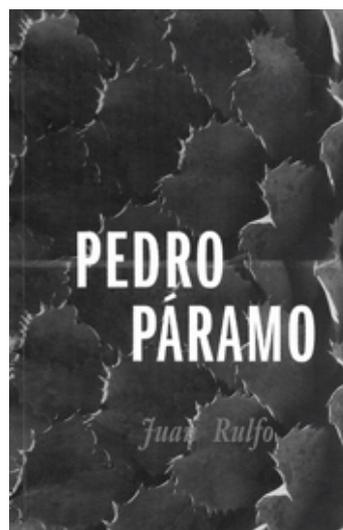
También quiero sugerir un modo diferente de leer el final de la novela, la muerte de Pedro Páramo. En general se ha dicho que el dueño de la Media Luna es apuñalado por uno de sus hijos, Abundio Martínez, aquel arriero sordo que al comenzar la novela le sirve de guía a Juan Preciado. Creo que esa no es la lectura correcta. Veamos el texto de Rulfo. Numero los fragmentos.

67. [Esto sucede en el mundo de los vivos]. Pedro Páramo estaba sentado en un viejo equipal, junto a la puerta grande de la Media Luna, poco antes de que se fuera la última sombra de la noche. Estaba solo, quizá desde hacía tres horas. [Aquí el tiempo no se mide, se siente]. No dormía. Se había olvidado del sueño y del tiempo: “Los viejos dormimos poco, casi nunca. A veces apenas si dormitamos; pero sin dejar de pensar. Eso es lo único que me queda por hacer”. Después añadió en voz alta: “No tarda ya. No tarda”. [No el amanecer, como algunos han dicho, sino la muerte].

Y siguió: “Hace mucho tiempo que te fuiste, Susana. La luz era igual entonces que ahora, no tan bermeja; pero era la misma pobre luz sin lumbre, envuelta en el paño blanco de la neblina que hay ahora. Era el mismo momento. [...] [Estamos fuera del espacio y del tiempo].

“Fue la última vez que te vi. Pasaste rozando con tu cuerpo las ramas del paraíso que está en la vereda y te llevaste con tu aire sus últimas hojas. Luego desapareciste. Te dije: ‘¡Regresa, Susana!’” [Las palabras de Pedro Páramo corresponden por igual al momento en que Susana San Juan, adolescente, dejó Comala —a su regreso era ya otra mujer—, y al momento en que, ya muerta, fue llevada al cementerio].

[...]



68. A esa misma hora, la madre de Gamaliel Villalpando, doña Inés, [En el fragmento 7, la abuela se queja de que están en la ruina, tras la muerte del abuelo y el asesinato del padre de Pedro Páramo, y manda al chamaco con doña Inés Villalpando a pedirle fiado un molino nuevo], barría la calle frente a la tienda de su hijo, cuando llegó y, por la puerta entornada, se metió Abundio Martínez. Se encontró al Gamaliel dormido encima del mostrador con el sombrero cubriéndole la cara para que no lo molestaran las moscas. [...] Tuvo que esperar a que doña Inés terminara la faena de barrer la calle y viniera a picarle las costillas a su hijo con el mango de la escoba y le dijera:

—¡Aquí tienes un cliente! ¡Alevántate!

El Gamaliel se enderezó de mal genio, dando gruñidos. Tenía los ojos colorados de tanto desvelarse y de tanto acompañar a los borrachos, emborrachándose con ellos. Ya sentado sobre el mostrador, maldijo a su madre, se maldijo a sí mismo y maldijo infinidad de veces a la vida “que valía un puro carajo”. Luego volvió a acomodarse [...] y se volvió a dormir [...].

—Yo no tengo la culpa de que a estas horas anden sueltos los borrachos. [Rulfo no tiene prisa; esa es una de sus virtudes. Se aparta de lo que está narrando y distrae nuestra atención].

—El pobre de mi hijo. Discúlpalo, Abundio. El pobre se pasó la noche atendiendo a unos viajantes que se picaron con las copas. ¿Qué es lo que te trae aquí tan de mañana?

Se lo dijo a gritos, porque Abundio era sordo. [Estamos en el mundo de los vivos. En el de los muertos Abundio puede oír].

—Pos nada más un cuartillo [medio litro] de alcohol del que estoy necesitado.

—¿Se te volvió a desmayar la Refugio?

—Se me murió ya, madre Villa. Anoche mismito, muy cerca de las once. Y conque hasta vendí mis burros. Hasta eso vendí porque se me aliviara. [Abundio es arriero; sin sus burros ya no podrá trabajar].

—¡No oigo lo que estás diciendo! ¿O no estás diciendo nada? ¿Qué es lo que dices? [Aquí la sorda es Inés Villalpando].

—Que me pasé la noche velando a la muerta, a la Refugio. Dejé de resollar anoche.

—Con razón me olió a muerto. Fíjate que hasta yo le dije al Gamaliel: “Me huele que alguien se murió en el pueblo”. Pero ni caso me hizo; con eso de que tuvo que congeniar con los viajantes, el pobre se emborrachó. [Rulfo lo repite; con eso vuelve atrás y anula el tiempo]. Y tú sabes que cuando está en ese estado todo le da risa y ni caso le hace a una. ¿Pero qué me dices? ¿Y tienes convidados para el velorio?

—Ninguno, madre Villa. Para eso quiero el alcohol, para curarme la pena.

—¿Lo quieres puro?

—Sí, madre Villa. Pa emborracharme más pronto. Y démelo rápido que llevo prisa.

—Te daré dos decilitros [más] [la palabra hace falta, pues de otra manera le está ofreciendo un absurdo: dos decilitros son menos que un cuartillo] por el mismo precio y por ser para ti. Ve diciéndole entretanto a la difuntita que yo siempre la aprecié y que me tome en cuenta cuando llegue a la gloria. [Un mensaje al inframundo que se envía con la muerta].

—Sí, madre Villa.

—Díselo antes de que se acabe de enfriar. [Así será más capaz de llevar el mensaje; mientras no termine de enfriarse estará más cerca de los vivos].

—Se lo diré. Yo sé que ella también cuenta con usted pa que ofrezca sus oraciones. Con decirle que se murió compungida porque no hubo ni quién la auxiliara.

—¿Qué no fuiste a ver al padre Rentería?

—Fui. Pero me informaron que andaba en el cerro.

—¿En cuál cerro?

—Pos por esos andurriales. Usted sabe que andan en la revuelta. [En la Cristiada. Lo supimos en el fragmento anterior, cuando *El Tilcuate* se lo dijo a Pedro Páramo].

—¿De modo que también él? Pobres de nosotros, Abundio.

—A nosotros qué nos importa eso, madre Villa. Ni nos va ni nos viene. Sírvame la otra. Ahí como que se hace la disimulada, al fin y al cabo el Gamaliel está dormido.

—Pero no se te olvide pedirle a la Refugio que ruegue a Dios por mí, que tanto lo necesito.

[...]

—Deme otro cuartillo, madre Villa. Y si me lo quiere dar sobradito, pos ahí es cosa de usted. Lo único que le prometo es que éste sí me lo iré a beber junto a la difuntita; junto a mi Cuca.

—Vete pues, antes que se despierte mi hijo. Se le agría mucho el genio cuando amanece después de una borrachera. Vete volando y no se te olvide darle mi encargo a tu mujer.

Salió de la tienda dando estornudos. Aquello era pura lumbre; [...] Luego trató de ir derecho a su casa donde lo esperaba la Refugio; pero torció el camino y echó a andar calle arriba, saliéndose del pueblo por donde lo llevó la vereda. [Abundio no va buscando a Pedro Páramo; su encuentro es casual].

[No lo consigna el “texto definitivo”, pero lo que sigue es un nuevo fragmento. 69]. —¡Damiana! —llamó Pedro Páramo—. Ven a ver qué quiere ese hombre que viene por el camino.

Abundio siguió avanzando, dando traspiés, agachando la cabeza y a veces caminando en cuatro patas. [...] hasta que llegó frente a la figura de un señor sentado junto a una puerta. [Abundio no sabe frente a quién está]. [...]

—Denme una caridad para enterrar a mi mujer —dijo.

Damiana Cisneros [quien conoció a Juan Preciado desde que abrió los ojos y llama *compadre* a Pedro Páramo] rezaba: “De las acechanzas del enemigo malo, líbranos Señor”. Y le apuntaba con las manos haciendo la señal de la cruz.

Abundio Martínez vio a la mujer de los ojos azorados, poniéndole aquella cruz enfrente y se estremeció. [Se aterra]. Pensó que tal vez el demonio lo había seguido hasta allí, y se dio vuelta, esperando encontrarse con alguna mala figuración. Al no ver a nadie, repitió:

—Vengo por una ayudita para enterrar a mi muerta. [...]

La cara de Pedro Páramo se escondió debajo de las cobijas [en las que está envuelto, sentado en el equipal] como si se escondiera de la luz, mientras que los gritos de Damiana se oían salir más repetidos, atravesando los campos: “¡Están matando a don Pedro!” [Esto es lo que Damiana grita, no lo que está sucediendo. La mujer exaspera a Abundio, lo enloquece con sus gritos].

Abundio Martínez oía que aquella mujer gritaba. No sabía qué hacer para acabar con esos gritos. No le

encontraba la punta a sus pensamientos. Sentía que los gritos de la vieja se debían estar oyendo muy lejos. [Rulfo se aparta de lo que está narrando; vuelve a distraernos]. Quizá hasta su mujer los estuviera oyendo, porque a él le taladraban las orejas, aunque no entendía lo que decía. Pensó en su mujer que estaba tendida en el catre, solita, allá en el patio de su casa, adonde él la había sacado para que se serenara y no se apestara pronto. La Cuca, que todavía ayer se acostaba con él, bien viva, retozando como una potranca, y que lo mordía y le raspaba la nariz con su nariz. La que le dio aquel hijo que se les murió apenas nacido, dizque porque ella estaba incapacitada: el mal de ojo y los fríos y la rescoldera y no sé cuántos males tenía su mujer, según le dijo el doctor que fue a verla ya a última hora, cuando tuvo que vender sus burros para traerlo hasta acá, por el cobro tan alto que le pidió. [Ya lo sabíamos. Repetirlo nos devuelve al pasado, anula el tiempo]. Y de nada había servido... La Cuca, que ahora estaba allá aguantando el relente, con los ojos cerrados, ya sin poder ver amanecer; ni este sol ni ningún otro.

—¡Ayúdenme! —dijo—. Denme algo.

Pero ni siquiera él se oyó. Los gritos de aquella mujer lo dejaban sordo. [Abundio la apuñala para callarla. No halla otra manera de hacerlo].

[Un nuevo fragmento que omite señalar el “texto definitivo”. Para mí es 70]. Por el camino de Comala se movieron unos puntitos negros. De pronto los puntitos se convirtieron en hombres y luego estuvieron aquí, cerca de él. [De Pedro Páramo]. Damiana Cisneros dejó de gritar. Deshizo su cruz. Ahora se había caído y abría la boca como si bostezara. [Está muerta. Abundio la asesinó].

Los hombres que habían venido la levantaron del suelo y la llevaron al interior de la casa.

—¿No le ha pasado nada a usted, patrón? —preguntaron.

Apareció la cara de Pedro Páramo, que sólo movió la cabeza. [Abundio no tocó a Pedro Páramo].

Desarmaron a Abundio, que aún tenía el cuchillo lleno de sangre en la mano.

—Vente con nosotros —le dijeron—. En buen lío te has metido.

Y él los siguió.

[...]

71. [69 en la cuenta del “texto definitivo”]. Allá atrás, Pedro Páramo, sentado en su equipal, miró el cortejo que se iba hacia el pueblo. [¿Cuál cortejo? El que lleva a Damiana al camposanto. Si fueran los hombres que llevan preso a Abundio no lo llamaría *cortejo*]. Sintió que su mano izquierda, al querer levantarse, caía muerta sobre sus rodillas; pero no hizo caso de eso. [Sabe cercana su muerte. Lo dijo ya al final del primer párrafo del fragmento

67]. Estaba acostumbrado a ver morir cada día alguno de sus pedazos. Vio cómo se sacudía el paraíso dejando caer sus hojas: “Todos escogen el mismo camino. Todos se van”. Después volvió al lugar donde había dejado sus pensamientos.

—Susana —dijo. Luego cerró los ojos—. Yo te pedí que regresaras...

“...Había una luna grande en medio del mundo. Se me perdían los ojos mirándote. Los rayos de la luna filtrándose sobre tu cara. No me cansaba de ver esa aparición que eras tú. Suave, restregada de luna; tu boca abullonada, humedecida, irisada de estrellas; tu cuerpo transparentándose en el agua de la noche. Susana. Susana San Juan”. [Lo acompaña en su muerte el recuerdo de Susana viva].

Quiso levantar su mano para aclarar la imagen; pero sus piernas la retuvieron como si fuera de piedra. Quiso levantar la otra mano y fue cayendo despacio, de lado, hasta quedar apoyado en el suelo como una muleta deteniendo su hombro deshuesado.

“Ésta es mi muerte”, dijo.

[...]

“Con tal de que no sea una nueva noche”, pensaba él.

Porque tenía miedo de las noches que le llenaban de fantasmas la oscuridad. De encerrarse con sus fantasmas. De eso tenía miedo.

“Sé que dentro de pocas horas [una vez que él haya muerto] vendrá Abundio con sus manos ensangrentadas a pedirme la ayuda que le negué. Y yo no tendré manos para taparme los ojos y no verlo. Tendré que oírlo; hasta que su voz se apague con el día, hasta que se le muera la voz”.

Sintió que unas manos le tocaban los hombros y enderezó el cuerpo, endureciéndolo.

—Soy yo, don Pedro —dijo Damiana—. ¿No quiere que le traiga su almuerzo? [Pedro Páramo está ahora muerto y en el inframundo lo recibe su comadre, Damiana Cisneros].

Pedro Páramo respondió:

—Voy para allá. Ya voy.

Se apoyó en los brazos de Damiana Cisneros e hizo intento de caminar. Después de unos cuantos pasos cayó, suplicando por dentro; pero sin decir una sola palabra. Dio un golpe seco contra la tierra y se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras. [Pedro Páramo muere sin que Abundio lo haya tocado. Y no queda reducido a un montón de piedras: “se fue desmoronando *como si fuera* un montón de piedras].

IV

Hace falta no un “texto definitivo”, sino una edición crítica de la novela. Podrán ser más de una. Las habrá. **U**

